

turales—en concreto, de la materia didáctica—, en cambio posee la capacidad de vivirla a través del varón, como un acto de fe en el varón. Esta vivencia es, al propio tiempo, inspiración y motor del propio varón, pues la mujer cultivada y espiritual posee el don exclusivo de admirar numinosamente al varón concreto y con esta admiración, gloria del genio, estimularlo (pienso en Bettina Brentano). Pero esto significa que es absolutamente necesaria, en la mecánica sociológica del desarrollo cultural, la existencia y la presión de las mujeres capaces de estimar y respetar la significación de la creación cultural; y en nuestra civilización occidental, de la ciencia. Sospecho que en la decadencia científico-cultural de nuestra patria a partir del siglo XVII ha influido decisivamente el prosaísmo de la mujer ibérica, su tabla doméstica de valores, con la subterránea influencia de su magisterio en la conducta de los españoles.

* * *

Y ¿cómo podrá aprender y ejercitar la mujer esta fina percepción del valor del creador de cultura si no es en la directa experiencia del magisterio masculino? ¿Cómo podrá un claustro de mujeres transmitir a sus alumnos lo que es de suyo intransmisible, porque debe

Gamberrismo y analfabetismo

Quien padece una enfermedad necesita conocer su diagnóstico para ponerse en vías de curación y, aun en el caso de enfermedades incurables o degenerativas, puede serle útil para conllevar el mal, para localizarlo, o para diferir sus efectos.

Lo mismo que en el organismo humano acontece en el organismo social. Cuando una sociedad es consciente del mal que en ella se incuba, por grave que se lo considere, procura reaccionar de alguna manera, sea en la misma preocupación ambiental, sea por medio de una acción política que sirva de terapéutica adecuada.

Si, en cambio, se desconoce el mal, o se toman los síntomas por la causa, o se le atribuye un origen distinto, la enfermedad avanza incontenida, favorecida incluso por tratamientos equivocados.

Cuando se observa la evolución de nuestra sociedad en el último medio siglo, se tiene, más o menos oscuramente, la impresión de que "algo hay en Dinamarca que huele a podrido". Algo hay que no marcha bien en nuestro ambiente social, y ello se manifiesta en un sector de población—más o menos extenso, según las zonas y medios—cuya conducta, cuyo espíritu, cuya forma de reaccionar y de producirse, no honra, ciertamente, a la colectividad que los engendra y los nutre espiritualmente.

Pero en la determinación de ese "algo" se juega, en mi opinión, con un equívoco muy antiguo y siempre renovado. En ese equívoco corresponde un papel quizá no meramente simbólico al doble sentido que en castellano tienen las palabras "cultura" y su opuesto "incultura". Cuando en un tranvía, por ejemplo, alguien se produce, de palabra o de hecho, de un

ser arrancado de la cantera misma donde reside, que es el alma varonil? Sólo vagas palabras grandilocuentes, pero vacías de poderío espiritual. Por eso debe conceptuarse como peligrosísimo experimento el abandonar a las mujeres la formación íntegra de los jóvenes, ¡sobre todo, de las demás mujeres! Porque no puede olvidarse que lo que verdaderamente importa en la educación de la mujer—en orden a la prosperidad cultural: política, científica, técnica, artística, de una sociedad—es, tanto o más que los contenidos concretos, incluso que el sistema de ellos, la ardiente y sincera valoración adecuada de los mismos. Valoración que ejercerá fulminantemente sus efectos sobre los varones de su mundo. Menos peligroso sería el experimento de confiar a las mujeres la educación de los jóvenes: éstos verían surgir en sí mismos, con gran probabilidad, el *pathos* íntimo de la vida espiritual, y el estímulo serían las propias profesoras. Pero, según nuestras cuentas, el ideal es conseguir la colaboración del estilo pedagógico masculino y del femenino en la formación, tanto de los futuros hombres como de las futuras mujeres. La pedagogía femenina desempeña una función insustituible; pero siempre, *in adiutorium viri*.

GUSTAVO BUENO MARTÍNEZ

modo incivil o brutal se oye calificarlo de "inculto" o de "poca cultura". En su sentido original y profundo, la palabra tiene una aplicación perfecta en estos casos de "falta de cultivo para vivir en sociedad". Pero el sentido en que hoy se emplea—y el que evoca—es el de algo relacionado estrechamente con la instrucción escolar: cultura es lo que se adquiere por medio de la enseñanza; inculto, el que no lo posee, el ignorante. Y el caso extremo y típico del inculto, del falto de esa cultura, podemos señalarlo en el analfabeto, tipo humano que no escasea en nuestra sociedad. Entonces, el modo de reprimir y anular esas conductas inciviles, antisociales, será precisamente luchar contra el analfabetismo, aumentar la cultura.

Ahora bien: ¿es lícita esa transposición desde el individuo de conducta brutal, intratable, hasta el analfabeto, pasando por el concepto de incultura con su dualidad de sentidos o evocaciones? Resulta curioso oír hablar hoy de "la plaga del analfabetismo", y de la "lucha contra esta plaga social". Nadie puede dudar que, si se remonta el tiempo y nos acercamos a los siglos dorados de nuestra cultura, la proporción de analfabetos se agranda enormemente, ni tampoco que, aunque haya países de menos porcentaje de analfabetos, en la disminución de éste no ha dejado nunca de avanzarse. La "plaga", pues, no resulta una imagen muy afortunada. Existe aquí, en esta ingenua visión del problema, una influencia inconsciente de la otra forma de incultura, de ese "algo" que es independiente del analfabetismo y que constituye, esto sí, una verdadera plaga. De este tipo humano y de esa conducta que no existían hace medio siglo y que crecen constantemente sin que parezca influirle el que, a la inversa, el analfabetismo, casi general en otro tiempo, decrezca de continuo.

Sin embargo, la reciente coincidencia de una serie de hechos de extrema incivildad ha revelado brusca-

mente a la opinión pública este mal social en su verdadera naturaleza y profundidad, y en su radical diferencia respecto a la mera incultura del analfabeto. La prensa, en efecto, ha hablado largamente y en tonos de alarma de lo que, con término un tanto ambiguo e impreciso, se llama hoy "gamberrismo", al registrar en el ambiente público una serie de actos de premeditada barbarie, sin objetivo comprensible.

No es, ciertamente, nueva en la conciencia de nadie esta forma de degeneración agresiva que pasea por las grandes ciudades su mueca de estolidez y cobardía, pero es la reiteración de sus actuaciones y su carácter colectivo, de grupo, gregario, lo que ha creado una conciencia clara del fenómeno y la exigencia de buscar un término que adecuadamente exprese el concepto que más o menos confusamente todos poseemos de él.

El padre Félix García denunciaba en *A B C* del pasado día 7 de diciembre el carácter ambiguo de los términos GAMBERRO y GAMBERRADA, que tienen resonancia de juvenil y disculpable exceso y no expresan toda la patológica barbarie que existe en muchos de esos actos y en sus autores. Creo que resultaría útil para esta precisión de término y de concepto remontar los sentidos que la palabra GAMBERRO ha tenido en su pasado hasta llegar a nosotros. En su sentido originario—y en definición por la Academia—GAMBERRO se llama al hombre de mala vida, de conducta desenfrenada, falta de norma, escandalosa. Pero esta acepción cabe considerarla como término en desuso desde hace muchos años, salvo en alguna zona en que pudiera conservarse (como en la Argentina). Donde, en cambio, nunca dejó de ser usual la palabra es en las provincias vascongadas, pero con un sentido bastante distinto del originario.

Sabido es que el vasco, aun en su juventud, es de carácter serio, más bien tímido, y de un individualismo mucho menos acusado que el del español meridional. Sus expansiones son siempre colectivas, con el buen motivo de la comida y la bebida, rematadas siempre en expansiones filarmónico-corales de confraternización. Es entonces, en una feliz digestión y con la sublimación alcohólica, cuando el vasco supera su habitual seriedad y se atreve a hacer cosas que nunca haría en estado normal. Es la hora de la evasión, de los gritos estentóreos, de las bromas pesadas, de las pependencias, de las GAMBERRADAS. El habitual de estos excesos y el protagonista en cada caso es el gamberro en un sentido de la palabra coincidente con aquel juvenil y ruidoso con que el padre Félix García exigía no se amparasen los hechos y las personas a que hoy se alude con ese término.

Es, sin embargo, a través de esta supervivencia del término, y exactamente en los años de nuestra guerra e inmediatos, por donde y cuando se realiza su extensión hasta la generalidad y el sentido que hoy le damos. En el concepto que ahora, más o menos conscientemente, le otorgamos conserva algo de su sentido vascongado—llamémosle así—: el GAMBERRO es alborotador, escandaloso, molesto; pero ha variado en otros fundamentales aspectos, pues nada hay en él ya de la bulliciosa, juvenil y, en el fondo, inofensiva esencia de aquella otra gamberrada.

Lo que hoy oscuramente se significa por GAMBERRO no es, pues, el hombre de conducta viciosa o desenfrenada

nada de la primitiva acepción, ni el simple alborotador o escandaloso de ese segundo sentido. Tampoco es semejante al tipo del chulo o el matón, muy arraigado en nuestra tipología popular: antes bien, la esencia de este último es la valentía incivil e insolente del "guapo" o el "flamenco", al par que una de las notas del gamberro es la cobardía, la colectividad, el anonimato. No coincide tampoco con el malhechor que obra por fines de robo, apetencias brutales, etc.; es característico del GAMBERRO el carecer de objeto concreto o de interés aprovechable en sus actos típicos. La GAMBERRADA se hace por sí misma. Ofende por ofender o hiere por herir. Aún se asimila menos a la simple rusticidad o zafiedad: el hombre inculto, rudo, incurre en actos brutales o primarios o en expresiones groseras que pueden semejarse a los del gamberro, pero carece de íntima degeneración, de la "finalidad sin fin" que señala a los de éste. Tomado el rústico en su ser y en sus relaciones normales, presenta un carácter y una reactividad absolutamente inconfundibles con las del gamberro.

Y aquí tocamos el fondo de la cuestión en su aspecto diferencial respecto a la simple incultura. Puede pensarse en una encuesta que no ha hecho nadie, pero cuyos datos serían muy aleccionadores para el problema que nos ocupa y quizá sorprendieran a muchos: consistiría en averiguar la proporción y el grado de analfabetismo de los individuos acusados o sorprendidos en actos de gamberrismo.

Su resultado, como el de la mayoría de las estadísticas sociales, es fácilmente previsible: el gamberro no es, salvo excepciones, analfabeto; el término medio posee una instrucción superior al mero aprendizaje de las primeras letras. El gamberro es un producto típicamente ciudadano, de gran ciudad, y el síntoma y el problema que representa es por completo ajeno, en su resolución, al de la mera incultura o analfabetismo.

En el mismo número del 7 de diciembre de 1956, *A B C* dedicaba un editorial al fenómeno del gamberrismo. El editorialista, con el espíritu "constitucional" o "ciudadano" que es característico del diario madrileño, pedía que los autores de los actos fueran "reexpedidos a su cuadra de origen", como indignos de la convivencia ciudadana. Reduciéndolo así a una cuestión de atraso o de irrupción rústica en un medio culto viene a consistir en asunto de instrucción o vocación pública. Tiene una teurapéutica clara, y hasta un ramo de la administración al que cargar las culpas. Pero lo malo es que los gamberros no proceden, en general, de ninguna otra cuadra que del propio Madrid, productor—como otras grandes ciudades—de gamberro en gran escala. Entonces la cuestión es mucho más grave, cala estratos más profundos e insospechados de la cultura y no bastan ya para encararla las categorías burguesas o jurídicas del liberalismo decimonónico.

¿Qué es, pues, el GAMBERRISMO? ¿Qué realidad es esta que pretenden hoy significar con esa voz y que no coincide con la conducta desenfrenada ni con el alborotador escandaloso, ni con la chulería desgarrada, ni con el tipo de hampa, ni con la ignorante rusticidad? Como he sugerido, el concepto de gamberro, aunque completamente distinto en su evolución actual, tiene algo del sentido en que se venía usando en

las Vascongadas, a través del cual ha llegado hasta su presente vigencia. El gamberro era allí el alborotador ruidoso y molesto que en una noche de farra o al calor del alcohol hace todo aquello de que hubiera sido incapaz a lo largo de un año de cotidiano trabajo. Era—diríamos—una forma de evasión respecto a la timidez, a la monotonía, a la lluvia y la seriedad constantes. El gamberrismo de que hoy, con esta mayor generalidad, hablamos es también una forma de evasión. Pero de evasión mucho más profunda y con un sentido, individual y socialmente, patológico. No se trata de una evasión juvenil y temporal respecto de una vida de cauces demasiados rígidos, pero a la que, en el fondo, se está adaptado, sino de una inadaptación más íntima y radical.

Hay un comportamiento que es corriente en los niños y que puede ilustrarnos sobre la actitud y los hechos del gamberrismo. Cuando un niño pequeño siente envidia o se ve oscurecido, aunque sea momentáneamente, en la escena familiar, o siente que no se le presta suficiente atención, realiza frecuentemente un acto llamativo, violento, sin aparente justificación ni finalidad. Es a la vez una protesta inconfesada, un escape de las pasiones contenidas, una huida de su anterior situación, y un hacerse abruptamente con la atención general. La inadaptación, tal vez momentánea, al medio que le rodea y su falta de control explican tales ex abruptos.

En el adulto, aunque la contención o control sean muy superiores, pueden llegar a darse situaciones objetivas que ocasionan reacciones análogas. *La sociedad contemporánea es una gran creadora de estas situaciones de las que son protagonistas y víctimas los más y los más débiles, y ello se opera precisamente bajo el lema democrático de la igualdad de posibilidades.* Imaginemos a un hombre nacido en un medio familiar y local (barrio o suburbio de una gran ciudad), de escasa personalidad o carácter al que no se siente vinculado ni le ofrece incentivos, raíces de afecto o dedicación. Se le ha facilitado una instrucción superficial, pero con pretensiones de abrirle paso a todos los caminos de la cultura y de la jerarquía social. Teóricamente tuvo ante sí, y aún tiene, todas las posibilidades. No obstante, una y otra vez ha fracasado en oposiciones a empleos cada vez de menor categoría, y actualmente desempeña una función subalterna que es quizá a la que hubiera podido aspirar normalmente, pero que cumple así sin afecto ni vinculación, con una íntima conciencia de fracaso y de extrañeza a la misma. El cine, por otra parte, se encarga de facilitarle imágenes vivas de hombres brillantes como los que él desearía ser y de ambientes alegres como los que hubiera querido habitar.

Esta situación llega a crear en muchos seres una tensión y un complejo tan insoportables, que, como el protagonista sartriano de *Les mouches*, necesitan ejecutar un acto libre, hacer algo QUE SE VEA, para objetivar así, de alguna manera, la soberana ausencia en que sienten a su alma. Como Orestes, necesitan asesinar a algún Egisto y Clitemnestra, no por vengar a su padre, ni por cualquier otro fin, sino para emplear su actividad y librarla de la nada y del insoportable *asco* vital.

Esta es, a mi juicio, la esencia y la motivación profundas de ese acto injustificado y brutal que atribuí-

mos hoy al GAMBERRO, acto en que se conjugan en oscura mezcla la rebelión y el resentimiento, la protesta y la impotencia, el aburrimento y la envidia, la soledad y el fracaso: la inadaptación, en una palabra.

En todas las sociedades y en todas las épocas ha habido inadaptados radicales capaces de llegar al acto gratuito o injustificado. Pero siempre como casos aislados, morbosos: se trata quizá del *destripador* en la sociedad anglosajona, del *issolé*, del perverso. Lo que no ha sido nunca corriente, y lo que puede hacer meditar a una colectividad histórica sobre su propio ambiente social, es que los inadaptados formen manadas y que cometan diariamente actos GRATUITOS de menor cuantía amparados en el anonimato y en el grupo.

Inversamente, en sociedades en que existe una auténtica vinculación, sea a estructuras familiares fuertes, sea a un medio colectivo de vida, pueden darse ambientes humanos faltos de instrucción escolar—incluso analfabetos—en los que la sana adaptación y la sabiduría popular hereditaria hagan de sus miembros hombres cultos y felices.

“Los hombres pegados al terruño—ha escrito Minguijón—disponen de una cultura que es como una condensación del buen sentido elaborado por los siglos, cultura que es muy superior a la semicultura que destruye el instinto sin sustituirlo por una conciencia.”

Esto sucedió, eminentemente, en el pasado. La sociedad europea que levantó las catedrales góticas era una sociedad analfabeta, carente de instrucción pública o general. La sociedad española que civilizó a América y que constituyó nuestro Siglo de Oro era, en su base humana, una sociedad igualmente analfabeta.

En la actualidad, aunque todavía pueden citarse casos de sociedades analfabetas al mismo tiempo que adaptadas, relativamente cultas y felices, esto es ya sólo posible en medios geográficamente aislados, porque las técnicas elementales de leer y escribir han adquirido el carácter básico que en otro tiempo representaría el saber andar o hablar; pero eso no otorga a dicha instrucción básica otra cualidad que la de mera condición elemental para el arraigo y el equilibrio de los individuos y de los grupos.

El desarrollo paralelo en una sociedad del fenómeno del gamberrismo y de la disminución del analfabetismo, y el que aquel morbo social no coincida con las zonas analfabetas, sino con las de cultura elemental, debe llevarnos, en mi opinión, a las siguientes conclusiones:

1. El mal que esa sociedad padece no es, ni mucho menos, de mero atraso o deficiencia en la instrucción pública, sino de una naturaleza más profunda, en la que desempeña un importante papel la desvinculación de sus hombres respecto al medio en que viven, la progresiva decadencia o aridez de estos medios, y el fenómeno social que podría llamarse de gregarismo o de desinstitucionalización de una sociedad.

2. La terapéutica de ese mal abarcaría de un lado una obra política profunda de permanencia y energía que revitalizara los medios humanos y las costumbres, institucionalizando al país; y, de otro, un paralelo resurgimiento religioso y moral en las conciencias. Comprendería también un profundo sistema educativo o transmisor de normas y costumbres cuyo asiento más real se hallaría en los medios familiares

y ambientales. Y sólo subsidiariamente, aunque también de modo efectivo, en una paralela difusión de la instrucción pública escolar.

3. En fin, ciñéndonos a este último aspecto, que es el que nos concierne, esa enseñanza no deberá nunca orientarse a igualar a todo ciudadano en una semi-cultura técnica que pretenda habilitarlos para todas las profesiones y posibilidades, a la vez que los desvincula de su medio y dedicación raíz. Sino una efi-

caz enseñanza básica—de la que tan lejos se halla, por desgracia, el pueblo español—que se ajuste lo más posible a las necesidades y a las costumbres de cada pueblo o ambiente, vivificando a éstos, haciéndolos amables y alegres, procurando vincular a ellos sus hombres con lazos de afecto y de estable y fecunda entrega.

RAFAEL GAMBRA

crónica

La formación profesional de los campesinos italianos

Cualquier observador atento que cruce la campiña italiana, aun sin ser agrónomo, y a la velocidad de los trenes o automóviles modernos, podrá apreciar claramente el alto nivel alcanzado por la agricultura o "conjunto de trabajos realizados para producir seres orgánicos—vegetales, animales y cosas derivadas—" en aquel país mediterráneo. Los cultivos de claveles, viñedos, olivares, prados, arrozales y maizales o los rebaños de vacas y ovejas, juntamente con el aprovechamiento de la tierra y con los trabajos efectuados para regarla o sanearla, dan, por sí solos, una idea suficientemente clara de que la agricultura italiana no se ha estancado, de que la agricultura italiana marcha por rumbos verdaderamente progresivos.

Por otra parte, al tratar de estudiar los factores más influyentes en ese caminar progresivo, salta a la vista que son muchos y que éstos no obran separadamente, o que cuantos adelantos logran las ciencias tienen aplicación inmediata en esta rama de la producción, tan compleja y varia por los elementos que la constituyen. Entre dichos factores merecen citarse especialmente la realización de la reforma agraria; la política gubernamental de protección al campesino; la capacitación de los agrónomos, que llevan las riendas, y la puesta en marcha del plan decenal para la mecanización prudencial del campo italiano, a base de lo que algunos llaman "unidad tractor" (1).

(1) La reforma agraria puede decirse que está hecha ya totalmente. La política gubernamental de protección al campesino atiende no sólo a mantener los productos del campo a precios remuneradores, sino también a la concesión de préstamos para diversos menesteres. Los agrónomos se forman en Institutos técnicos (peritos) y en Facultades Universitarias de Agraria (ingenieros) más especializadamente que en España (en esta última funcionan varios Institutos o Secciones). El Proyecto para la puesta en marcha del plan decenal de mecanización fué confeccionado por el Ministerio de Industria, partiendo de un estudio según el cual son susceptibles de mecanizarse 7.057.655 hectáreas, y con la pretensión de elevar paulatinamente los 180.000 tractores que funcionaban el año 1955 a 260.000 hasta el año 1964, y de una manera análoga las restantes máquinas agrícolas, todo ello sin desatender las demandas de la exportación.

Claro está que todas esas reformas progresivas hubieran servido de muy poco sin la debida preparación de los hombres que trabajan la tierra para rectificar las prácticas tradicionales o para llevar a cabo su explotación racional y la profunda transformación de los cultivos. Por ello queremos dar estas breves referencias sobre la formación profesional de los campesinos italianos, centrándolas en torno a los tres grados o estamentos formativos que se aprecian y aludiendo a las instituciones docentes en las cuales suele proporcionarse intencionadamente:

A) PRIMARIA

La formación profesional de los campesinos que pudiera denominarse primaria se proporciona en algunas escuelas elementales de carácter especial, y en las llamadas postelementales, de cuyo estudio dábamos referencias concretas (2). También puede incluirse dentro de este grado o estamento la que trata de conseguir el Comité Central para la educación popular con la publicación del almanaque titulado *Il Leonardo*, que se distribuye gratuitamente (a la escuela popular, a los centros de lectura y a los cursos organizados por esa entidad cultural), y cuya principal característica es contener, entre los conocimientos adecuados para un pueblo culto, un prontuario del agricultor con datos concretos referentes a cómo colocar el número de plantas, mezclas de estiércoles e insecticidas, tablas para el empleo de abonos, con las características del maíz híbrido cultivado en Italia y con el peso medio de un metro cúbico de los principales productos agrícolas; un método nuevo para conocer el estado de embarazo de los animales, indicaciones sobre los períodos de gestación y de incubación, el camino por el cual se transmiten las enfermedades infectivas, la mano de obra necesaria para algunos cultivos, producción media forrajera por hectárea, peso vivo aproximado de los principales bovinos inferido de la medida del cuerpo; quesos, producción de leche, avicultura, cunicultura, etc. (3).

B) MEDIA

La formación profesional de los campesinos italianos que pudiéramos llamar media se proporciona en las escuelas secundarias de aviamiento profesional de

(2) Véase nuestro artículo "La enseñanza agrícola y la escuela primaria italiana", núm. 56 de esta REVISTA, 1956, segunda quincena de diciembre.

(3) Apareció por primera vez en el año 1952, y desde entonces viene publicándose anualmente, debido a los resultados conseguidos.